

TODOS CONTAMOS

ÉRASE UNA VEZ... UN CUENTO

Érase una vez un mundo donde por dos horas se podía ser un niño de nuevo y volver a jugar con la magia, entrelazar las manos como amigos y elaborar sueños conjuntos.

Pero, como en todo cuento apareció de pronto... el duende de la paz.

Entonces, llegó una nueva esperanza, la esperanza de ser niños más de dos horas al día... en los días y en las noches, ¡niñez eterna!, y jugar y divertirse siempre.

Todo estaba bien, hasta que apareció un ogro, quien intentó terminar con este espacio. Los habitantes dejaron de soñar por temor al ogro y a su crueldad infinita.

Pero si hay ogro, también hay príncipe, entonces, este cuento tomó otro rumbo, un rumbo que ninguno de los habitantes del mundo de la paz esperaba.

El hermoso príncipe adolescente hizo su aparición y nadie contaba con que aquel joven al volver a ser niño sería presa del tiempo, notaba que a cada segundo sería más y más grande, las horas pasaban y consumían su cuerpo, sabía que tenía que aprovechar cada minuto y jugar los juegos que nunca jugó, comer los dulces que jamás le permitieron comer, debía encontrar algo que no le dejara continuar envejeciendo.

Encontró que la mejor fórmula para no desperdiciar su tiempo, era valorar todo cuanto se encontraba a su alrededor: la naturaleza, sus seres queridos, las ocasiones para aprender, conocer, crear, reír y ver el rostro de Dios en toda su creación.

Una mañana el niño caminaba por el bosque y en su travesía observaba pájaros, flores, escuchaba el rumor del agua, y de pronto vio una candileja que se le acercó y le dijo, corre, sé feliz y cuéntale a todos los niños del mundo, que la felicidad no está en las cosas materiales sino en el corazón de cada ser humano, la felicidad está dentro de nosotros.

Entonces, el niño se dio a la tarea de buscar en cada ser humano su corazón y descubrió: dolor, amor, gozo, paz y envidia.

Comprendió que la felicidad no es un estado, es una decisión de vida. No decidimos dónde nacer, que nombre y que clase de familia tener, ser ricos o ser pobres. Pero si podemos elegir que camino recorrer, el de la amargura e infelicidad o el de hacer que cada pequeño detalle sea un gran evento en nuestras vidas haciéndonos crecer física y espiritualmente.

Haciendo de la vida un regalo precioso en el que el cosmos se conjuró y creó las criaturas maravillosas que somos.

Entendió que el mundo se confabula para que las cosas se den como esperamos, pensaba, mientras recordaba aquellas frases de ese escritor famoso que decía que cualquier metal se podía convertir en oro.

Entonces escuché hablar de ese mundo donde se es niño por dos horas y emprendí el viaje. Allí monté en un caballito de mar y recorrí todas las maravillas del mundo que se alcanzan a conocer en dos horas ¡qué pesar, no me alcanzó el tiempo!

Pero logré, en ese corto tiempo, hablar con el personaje de mis sueños “un tal don Quijote”, quería conocerlo porque todo el mundo dice que está loco, yo creo que sí, definitivamente está loco, porque sueña con un mundo más justo, que respete a las mujeres y a los niños, un mundo donde todos seamos iguales. Yo le pedí, caballero andante, llévame a soñar contigo.

Él me acompañó y me mostró cosas divertidas, esas cosas que uno quisiera que duraran para siempre.

Lastimosamente recordé que solo podía ser niño dos horas y en el momento en el que se acabara olvidaría todo y esta corta felicidad no podría ser recordada, ni compartida, como si nunca hubiese existido.

Una lágrima corrió lento por mi mejilla, en tanto la mirada se me perdió en el horizonte; borrosamente, en ese instante se dibujó una figura resplandeciente, la paz me inundó y el llanto cesó. Una voz apacible preguntó: ¿qué deseo hay en tu corazón? No titubee, casi sin pensar respondí: “que esta vivencia no muera en el olvido, que pueda ser compartida, vivida y enseñada a otros, especialmente a aquellos que han perdido la esperanza y endurecido su corazón, perdiendo la luz en sus ojos”.

La voz replicó, es posible cumplir este deseo si estás dispuesto a pagar el precio; presurosamente contesté si, sin pensar en las consecuencias.

Espera, replicó la voz...

“te olvidarás para siempre, para que otros puedan ser niños por siempre”.

Un nudo se formó en mi garganta y con cierta angustia contesté: si, definitivamente si...

Por esto ningún niño debe permitir que le roben sus sueños por más obstáculos que encuentre en la vida porque el saber después de la virtud es lo que eleva a una niño a mayor altura que otro, por eso cuenta siempre tus sueños y conviértelos en una realidad en tu proyecto de vida.